

# DE LOS DESEOS INSATISFECHOS A LA POÉTICA DE LA EXPERIENCIA: EL CASO DE LUIS CERNUDA

Víctor Cantero García  
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

## RESUMEN

En el presente artículo nos centramos en el análisis de la capacidad de Luis Cernuda para convertir sus deseos insatisfechos en fuente de inspiración poética. Tomando como punto de partida la singularidad del carácter del poeta, nos proponemos demostrar cómo fue capaz de sublimar sus anhelos más íntimos y expresar estos en sus versos mediante una poética de la experiencia. Trazamos en la presente colaboración la biografía poética de Luis Cernuda, entendida como itinerario experiencial y como extroversión sentimental por medio de la palabra poética depurada y aquilatada en extremo. Dicho itinerario culmina en la etapa de madurez del poeta mediante la praxis de la poética de la meditación –refugio en el que busca consuelo y reparación a los muchos sinsabores que la vida le deparó– y a través de la cual pretende sumergir su alma en el disfrute de los goces divinos.

**PALABRAS CLAVE:** Luis Cernuda, carácter singular, deseos insatisfechos, poética de la experiencia.

FROM THE UNSATISFIED DESIRES TO THE POETICS  
OF THE EXPERIENCE: THE CASE OF LUIS CERNUDA

## ABSTRACT

In this article we focus on the analysis of Luis Cernuda's ability to turn his unsatisfied desires into a source of poetic inspiration. Taking as starting point the singularity of the poet's personality, we mean to demonstrate how he was able to sublimate his most intimate desires and express them in his verses through a poetics of the experience. In the present collaboration, we trace the poetic biography of Luis Cernuda, understood as a experiential itinerary and as a sentimental extroversion through the poetic word purified and tested to the extreme. This itinerary culminates in the stage of maturity of the poet through the praxis of the poetics of meditation –a refuge in which he seeks consolation and reparation for the many troubles that life gave him– and through which he tries to immerse his soul in the relish for the divine joys.

**KEYWORDS:** Luis Cernuda, singular personality, unsatisfied desires, poetics of the experience.



## INTRODUCCIÓN

Cuando nos adentramos en la lectura y el análisis de los versos de Luis Cernuda apreciamos que en la mayor parte de sus poemas late la expresión de un deseo insatisfecho. Toda su obra poética, desde sus *Primeras Poesías* (1924-1927) – texto de juventud– a *Desolación de la Quimera* (1956-1982) – obra de madurez– es una manifestación de su permanente afán por ver cumplidos sus deseos. Hasta tal punto desea el poeta ver satisfechas sus apetencias que para él «satisfacer el deseo más sutil vale la muerte» (Cernuda 2007: 122), tal como afirma en la última estrofa del poema v de *Donde habite el olvido*:

Voy a morir de un deseo,  
Si un deseo sutil vale la muerte;  
A vivir sin mí mismo de un deseo,  
Sin despertar, sin acordarme,  
Allá en la luna perdido entre su frío.

Tamaño énfasis por lograr el cumplimiento de lo deseado nos hace pensar que Cernuda, como ser humano, fue un eterno insatisfecho. Asumida la circunstancia de que hombre y poeta son las dos caras de la misma moneda, centramos nuestra colaboración en analizar hasta qué punto los rasgos que definen la personalidad del poeta y su experiencia vital son determinantes tanto en la configuración de su pensamiento poético como en la composición de sus versos. El hecho de que Cernuda fuese un hombre de un carácter bastante peculiar no puede pasar desapercibido si aspiramos a interpretar correctamente el potencial simbólico de sus versos. Esto explica nuestro intento por tender puentes que nos expliquen la relación causa-efecto entre un hombre «tímido, hipersensible, observador agudo, exquisito, a ojos de muchos que le conocieron “raro”, solitario de por vida, hombre, en fin, de difícil trato, pese a la lealtad que demostró siempre hacia sus amigos más cercanos» (Capote 2007: 30), y un poeta consumado, para quien la poesía lo es todo, a tenor de sus propias palabras: «La poesía, el crearme poeta, ha sido mi fuerza, y aunque me haya equivocado en esa creencia, ya no me importa, pues a mi error he debido tantos momentos gozosos» (Cernuda 1975: 932). Una pretensión, la nuestra, con la que queremos demostrar hasta qué punto las carencias, las lagunas, los vacíos de una personalidad incompleta y de un carácter marcado por la soledad y la amargura son el impulso primero y el soporte vital de la musa numen cernudiano basado en su experiencia vital, como el propio Cernuda afirma: «Siempre traté de componer mis poemas a partir de un germen inicial de experiencia, enseñándome pronto la práctica que sin aquel, el poema no parecería inevitable ni adquiriría un contorno exacto y expresión precisa» (Cernuda 1975: 927).

Sin embargo, la comprobación de que existen nexos entre el temperamento pasional, el carácter solitario y agrio –«poeta amargo y desolador» (Romero Murube 1977: 30)– y la factura de sus versos no es suficiente para explicarnos cómo «su poesía, nada solemne ni altisonante, consigue a través de la contemplación del mundo exterior y de sí mismo, y gracias a su elegancia y serenidad poéticas, una intensidad y profundidad expresivas capaces de penetrar la intimidad de todo lector sen-



sible» (Del Gesso Cabrera 2004: 90). En principio, resultaría poco creíble que de una personalidad tan débil, acomplejada y cargada de frustraciones pudiera surgir un producto poético tan acabado, a no ser que Cernuda contase con la habilidad necesaria para transformar su soledad vital y anímica en un insaciable deseo siempre insatisfecho por lograr su fusión con lo bello y armónico, lo puro y absoluto, a través de sus poemas.

Esta es la segunda cuestión que abordamos en este trabajo: ¿fue Cernuda capaz de sublimar; es decir, de transformar sus instintos y sentimientos en una actividad moral e intelectual y socialmente aceptada como lo es la poesía?<sup>1</sup> La respuesta a este interrogante hemos de buscarla en la participación de Cernuda en la llamada «poética de la meditación». Con su participación en esta corriente poética nuestro poeta, en opinión de José Ángel Valente, sigue los pasos de Miguel de Unamuno, «ya que para este es precisamente en la capacidad de dar de modo pleno al verso español esa inflexión meditativa que él mismo pedía donde reside una de las aportaciones capitales de Cernuda, y es ese aspecto de su obra el que aquí nos interesa» (Valente 2002: 9). Esta sublimación de sus deseos más profundos conforma el universo filosófico, a la par que es la fuente del pensamiento poético cernudiano. Sublimación que le permite encontrar en sus versos la libre expresión de su manera de ser, al mismo tiempo que le facilita su aproximación espiritual a la hermosura física y anímica. Tal aproximación requiere de la práctica de la meditación –entendida como una reflexión intimista sobre las cuestiones trascendentes que le preocupan– y de un ejercicio de introspección a los que Cernuda se somete. Se trata de un modo de proceder cercano a la mística para el que Cernuda sigue las recomendaciones de los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII: Donne, Herbert, Crashaw, Marvell, Vaughan y Traherne.

Esta conversión de sus deseos insatisfechos en caudal lírico –al que el poeta aplicará los filtros que operan en todo acto de creación poética hasta dar con la forma definitiva de sus versos– constituye uno de los ejes explicativos de la poesía de Cernuda, a saber, el permanente conflicto entre el deseo y la realidad. No es suficiente con interpretar las poesías cernudianas como el resultado de una constante pugna entre lo que el poeta anhela e imagina y lo que el mundo real le ofrece o como una oscilación entre la privación y la saciedad, toda vez que, tal como sostiene Octavio Paz, los poemas de Luis Cernuda «a mí me parece además que dicen otra cosa, más cierta y terrible: si el deseo es real y la realidad es irreal; el deseo vuelve real lo imaginario; irreal la realidad» (Paz 1977: 153). Lo que dicho de otro modo equivale a asumir que para Cernuda sus deseos son tan fuertes que son capaces de hacer real lo imaginario, por lo que el poeta encuentra en la confección de sus versos lo que la terca realidad le niega.

---

<sup>1</sup> En modo alguno pretendemos insinuar que el texto poético surge en Cernuda como una efusión inmediata y directa de su personalidad psíquica carente de los filtros que operan en la escritura, en particular del artificio retórico que existe en cada uno de sus poemas. Lo que pretendemos señalar es que sus versos tienen un claro vínculo experiencial propiciado por el anclaje en sus instintos y sentimientos.



## LOS RASGOS QUE DEFINEN UNA PERSONALIDAD COMPLEJA Y UN CARÁCTER ATORMENTADO

Siendo nuestro propósito revelar hasta qué extremo la compleja personalidad de Luis Cernuda determinó el contenido, la simbología y el alcance de sus poemas, procedemos en primer lugar a consignar los rasgos más destacados de aquella. A tenor de lo referido por Concha Méndez, en relación con el comportamiento del poeta mientras estuvo acogido por el matrimonio Altolaguirre, en su casa de México:

Era un hombre extraño [...]. En Navidades, cuando llegaba la gente a cenar, él se escondía para no saludar. Una Navidad, en una de aquellas ampliaciones de la casa grande que mis hijos y mi yerno habían venido haciendo durante toda la vida, Cernuda para esconderse de los invitados, se fue a meter con una silla del jardín dentro de la obra húmeda, tapándose con una manta para pasar la noche. Cuando nosotros nos preguntábamos dónde estaría Luis, los niños de María Dolores llegaron a decirnos que habían encontrado a un hombre dormido entre los andamios. Cuando se terminó la casa grande, nació mi segundo nieto, y le propusimos a Cernuda que lo apadrinásemos él y yo, y no quiso, decía que él traía mala suerte; sin embargo, se puso contentísimo porque le llamamos Luis (Altolaguirre 2018: 8).

El modo de proceder de Cernuda es propio de un «carácter difícil, el de una persona que ha sufrido mucho y que ha padecido los insomnios más deformadores de la soledad» (García Montero 2002: 23). Podría parecernos fuera de lo normal este tipo de actitudes por parte de Cernuda de no contar con los hechos y circunstancias que nos expliquen el origen de las mismas. Nace Cernuda el 21 de septiembre de 1902 en el seno de una familia burguesa en la que el respeto a los valores tradicionales es sagrado. Su padre, Bernardo Cernuda Bousa, comandante del Regimiento de Ingenieros, contaba con un rígido carácter, el más adecuado para imponer una férrea disciplina entre los suyos. Tanta rigidez y tanta norma propiciaron en Luis niño un estado de permanente introversión. Su timidez y su sensibilidad a flor de piel le hicieron replegarse sobre sí mismo, aislándose de todo contacto con sus hermanas Amparo y Ana y refugiándose en la soledad de su habitación. Este ambiente familiar que marcó la infancia y adolescencia del poeta es evocado por él mismo en su poema *La familia*, al reprochar en sus versos no solo los modos estrictos y el exceso de disciplina en que se educó:

Era a la cabecera padre adusto,  
La madre caprichosa estaba en frente,  
Con la hermana mayor imposible y desdichada,  
Y la menor más dulce, quizá no más dichosa,  
El hogar contigo mismo componiendo,  
La casa familiar, el nido de los hombres,  
Inconsistente y rígido, tal vidrio  
Que todos quiebran, pero nadie dobla.

sino también la imposición de una moral y unas creencias a las que él no se doblegó:

Ellos te dieron todo: cuando animal inerme  
Te atendieron con leche y con abrigo;  
Después, cuando creció tu cuerpo a par del alma,  
Con Dios y con moral te proveyeron,  
Recibiendo deleite tras de azuzarte a veces  
Para tu fuerza tierna doblegar a sus leyes.  
Te dieron todo, sí; vida que no pedías,  
Y con ella la muerte de dura compañera.  
(Cernuda 2007: 211-212)

Y ante la imposibilidad de rebelarse contra esta atmósfera familiar que le asfixia, Cernuda niño rechaza la realidad exterior que le viene dada y trata de construir un mundo a su medida. Con tan solo diez años mantiene un trágico y doloroso enfrentamiento entre su yo personal y la realidad exterior en la que le ha tocado vivir. Una pugna que sostendrá a lo largo de toda su vida, y que ya en sus años de infancia y adolescencia se resolvió en un progresivo aislamiento de todo cuanto le rodeaba y en un sistemático distanciamiento del resto de los mortales. Actitudes ambas propias de una persona tímida e insegura. A estos rasgos de su carácter alude Jenaro Talens (1975: 39) cuando precisa que en sus años iniciales «el poeta fue sobre todo un solitario, un ser aislado en medio de los hombres de los que se sentía separado por su excesiva timidez y un cierto desapego». Rasgos que el propio Cernuda adolescente reconoce al recordar sus primeras tentativas como poeta: «Suscitaban en mí —aquellas— un rubor incontrolable, aunque me escondiera para hacerlo y nadie en torno a mí tuviera noticias de tales intentos» (Cernuda 1975: 899). ¿Qué se esconde bajo ese rubor incontrolable? ¿Por qué se oculta ahora, a sus catorce años, para escribir sus primeros versos, al igual que lo hiciera con diez para leer furtivamente a Bécquer? Parece claro que si en pleno despertar del apetito sexual propio de la pubertad se ruboriza por el mero hecho de escribir poesía —«hacia los catorce, y conviene señalar la coincidencia con el despertar sexual de la pubertad, hice la tentativa primera de escribir versos» (Cernuda 1975: 899)—, es porque reconoce que cuenta con una sensibilidad para captar lo bello y una atracción por lo hermoso nada comunes entre los chicos de su edad, a la par que siente pavor por que alguien identifique esta inclinación suya hacia la lírica como una actividad poco viril. En otras palabras, en pleno despertar sexual él se reconoce como un muchacho distinto de los adolescentes de su edad, pues no muestra interés por descubrir los encantos del sexo femenino, mientras se complace en explorar la belleza y la hermosura del propio. Toma Cernuda conciencia de su condición de homosexual y como tal se comportará a lo largo de su existencia. Una condición que marcará su modo de concebir el mundo, su forma de entender al ser humano, al mismo tiempo que impregnará su pensamiento poético y modelará su carácter solitario y arisco, pues en contadas ocasiones pudo satisfacer plenamente sus necesidades afectivas y sus apetencias sexuales. En este sentido no puede extrañarnos que se sienta como un ser incomprendido y se defina como «hijo desnudo y deslumbrante del divino pensamiento, [...] que va por la vida como una sombra errante que habla en el silencio o como un ángel



arrojado del paraíso, añorando, aquella ‘inocencia’ primera que era que, luego, quedó abolida en el deseo» (Cernuda 1964: 141 y 95).

Queda fuera de nuestra intención realizar un exhaustivo recorrido biográfico de Cernuda, en busca de elementos que nos confirmen el carácter solitario y un tanto agrio y atormentado del poeta. Por ello damos un salto en el tiempo y situamos a nuestro vate como miembro de la Generación del 27, una etiqueta con la que el propio Cernuda no estaba muy de acuerdo. De hecho discrepó con Dámaso Alonso por incluirle en ella en su artículo *Una generación poética (1920-1926)*, publicado en la revista *Finisterre*. Este artículo fue airadamente contestado por Cernuda tanto en una «carta abierta» como en su magistral poema «Otra vez con sentimiento», de *Desolación de la Químera*. Polémicas al margen, Dámaso Alonso precisa en su artículo el carácter tímido y retraído de Cernuda:

Recuerdo esos trazos que el tiempo ya quiere borrar de mi memoria, porque mi idea de la generación a que (como segundón) pertenezco, va unida a esa excursión sevillana. Los que hicimos el viaje fuimos Guillén, Gerardo Diego, Rafael Alberti, Federico, Bergamín, Chabás y yo. Es evidente que si tomamos los cinco primeros nombres (el de Bergamín, como prosista muy cercano al grupo) y añadimos el de Salinas, que no sé por qué causa no fue con nosotros, *y el de Cernuda, muy joven entonces, que figuró entre el auditorio (pero de quien también se leyeron poemas en aquellas veladas)*<sup>2</sup> y el de Alexandre, que no había publicado aún su primer libro, tenemos completo el grupo nuclear, las figuras más importantes de la generación poética anterior a nuestra guerra (Alonso 1948: 197).

Cuenta Cernuda en estos momentos con veinticinco años y queda claro que prefiere el anonimato, el no darse a conocer en los actos públicos, el no significarse, pues es incapaz de vencer su timidez. Timidez a la que debemos sumar su inseguridad, ya que el poeta se muestra como una persona vacilante, que necesita obsesivamente del reconocimiento de los demás para afianzar su ego y que depende de la opinión de los otros hasta extremos insospechados. Tanta dependencia de los juicios ajenos le convierten en un ser excesivamente susceptible tendente a ver en los pareceres ajenos ataques a su quehacer poético, aun cuando estos fueran inexistentes. Un comportamiento que explica sus constantes cambios de humor, sus reacciones no disculpables y sus ataques y ofensas a otros no meditados, todo ello le reportó quedarse prácticamente solo. Soledad de la que se queja en carta escrita a Gil-Albert el 12 de diciembre de 1950:

Gracias por tu recuerdo. Sí. Hace tiempo que no nos comunicamos. Y es lástima. Porque a estas alturas (yo, al menos) no se hacen amistades nuevas, y las viejas se van perdiendo. En menos de un año Ramón Gaya, Emilio Prados, Concha Albornoz, por unas razones o por otras, no son ya amigos míos. Qué vamos a hacerle. Sólo la soledad es siempre fiel.

---

<sup>2</sup> La cursiva es propia.

Sin embargo, en esta pérdida de amistades no siempre se puede culpar a Cernuda. Tal es el caso del asunto calificado por Pedro Salinas como «La cuestión Luis Cernuda», suscitado a raíz de un incidente entre quien fuera su maestro y antiguo amigo y nuestro poeta. Cernuda dedicó *Perfil del Aire*, su primer libro de poemas, a Salinas, quien, suspicaz por lo que el libro pudiera suponerle de posible enemistad con Jorge Guillén, ni siquiera se molestó en acusar recibo del mismo. Tamaño desdén molestó mucho a Cernuda y lo indispuso contra Salinas. Así, en carta dirigida a Bernabé Fernández-Canivell, el 20 de junio de 1935, Cernuda alude indirectamente a Salinas calificándolo con el apelativo despectivo de *profesor*, alegrándose de que no figure entre el grupo de poetas a los que ha traducido al alemán Hans Gebser:

Recuerdos a Emilio. Y dile que el próximo otoño aparecerá en alemán una traducción de varios poemas de un grupo poético español: Alberti, Federico, Vicente, Manolo y yo: él figura también. No hay en este asunto gentes del género *profesor*; tal vez no le desagrade la idea, aunque no le interese; los traductores, amigos míos, quisieran dar algún poema reciente de Emilio. Si no tiene inconveniente en ello puede enviármelo a mí o a Hans Gebser.

Esta indisposición la vuelve a reiterar Cernuda en su poema *Malentendu* (1961), de *Desolación de la Quimera*, por el hecho de que Salinas en su artículo *Nueve o diez poetas* lo calificase como «el más licenciado vidriera de todos, por dentro de cristal, el que más aparta a la gente de sí, por temor a que le rompan algo, el más extraño» (Salinas 1983: 74). Cernuda se molesta porque Salinas lo tilda de frágil y extraño, y le replica con los siguientes versos:

El escribió de ti eso de «Licenciado Vidriera»  
Y aun es de agradecer que superior ineptia no escribiese,  
Siéndole tan ajenas las razones  
Que te movían. ¿Y te extrañabas  
De su desdén a tu amistad inocua,  
Favoreciendo en cambio la de otros? Éstos eran los suyos.  
(Cernuda 1961: 24)

No solo con Salinas tuvo Cernuda sus más y sus menos. Otros distinguidos miembros de la Generación del 27 fueron objeto de su rencor, y hasta del odio de Cernuda. Tal es el caso de Dámaso Alonso. Esta animadversión se remonta a 1933, año en el que Vicente Aleixandre ganó el Premio Nacional de Poesía con *La destrucción o el amor*, certamen al que Cernuda también se presentó. Nuestro poeta nunca perdonó a Dámaso Alonso, ni a los otros miembros del jurado –Manuel Machado y Gerardo Diego– que no le concediesen el citado premio. Sin embargo, su desprecio hacia quienes más le habían estimado alcanza su culmen en el caso de Manuel Altolaguirre, uno de sus íntimos amigos, a quien al año de su muerte evoca como «cincuentón obeso» en su poema *Supervivencias tribales en el medio literario* (1961), en *Desolación de la Quimera*:



Acaso él mismo fuera en parte responsable,  
Por el afán de parecer un ángel, eterno adolescente,  
De aquel diminutivo familiar en exceso con el mozo,  
De sabor desdeñoso para el hombre,  
Con el cual en privado y en público llamaban  
Unos y otros, amigos como extraños,  
Con esas peculiares maneras españolas,  
Al cincuentón obeso en que se convirtiera.  
(Cernuda [1961] 2013: 34)

Tanto odio y tanta inquina hacia quienes más le ayudaron y mejor le consideraron nos hace pensar que Cernuda no llegó a distinguir entre quienes fueron sus amigos de verdad y los que lo despreciaron. Los rasgos de su personalidad aquí apuntados nos hacen suponer que nuestro poeta hacía depender en exceso sus poemas de los juicios ajenos.

### LA PRAXIS POÉTICA COMO REPRESENTACIÓN DE UN EGO INSATISFECHO

La suma de este carácter huraño, solitario y rencoroso a su escepticismo respecto a lo que las demás personas pudieran aportarle fue lo que propició el repliegue sobre sí mismo. Su introversión hizo de él una persona dada a la reflexión, a la meditación y al autoanálisis. En suma, Cernuda se aisló y se distanció del mundo exterior para refugiarse en la praxis poética como proyección de su rico mundo interior. Su apego y dedicación a la composición poética no es casual; al contrario, su inclinación a la poesía responde a la «urgencia expresiva» que él experimentó desde muy joven:

... Todas las tardes salía a caballo con los otros reclutas, como parte de la instrucción, por los alrededores de Sevilla; una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera [...] y esa visión inusitada, al mismo tiempo, provocaba en mí la urgencia expresiva, la urgencia de decir dicha experiencia. Así nació entonces toda una serie de versos, de los cuales ninguno sobrevive (Cernuda 1975: 899).

Esta urgencia es la lógica consecuencia del afán de Cernuda por comunicar al resto de los mortales lo que piensa y siente, antes de que el paso inexorable del tiempo lo borre de su memoria. Nuestro poeta se percibe a sí mismo como un ser solo y desnudo frente al tiempo, obsesionado por el paso de este, de aquí que su poesía sea una búsqueda constante de valores absolutos y eternos que el discurrir del tiempo no puede aniquilar y a los que el poeta se aferra en su ansia de eternidad:

Todo desaparecía, poniendo en mi soledad el sentimiento amargo de lo efímero. Yo solo parecía duradero entre la fuga de las cosas. Y entonces, fija y cruel, surgió en mí la idea de mi propia desesperación, de cómo también yo partiría un día de mí. ¡Dios!, exclamó entonces: dame la eternidad (Cernuda 1942: 44).





Dados los rasgos del carácter cernudiano, no es de extrañar su angustia por el transcurrir del tiempo, el cual va inseparablemente unido a la idea de la muerte. El fin de todo ser humano que Cernuda define como «la sombra del tiempo», ante la cual el hombre es «un líquido lamento fluyendo entre sombras iguales», hace que su vida sea «un estar solo ante la muerte» (Cernuda 1964: 57, 77, 181), solo frente al tiempo con la vida sin vivir. Sin embargo, para Cernuda la muerte es mucho más que el final de nuestro existir:

Dada su irrefrenable sed de eternidad, su deseo irrenunciable de poseer lo absoluto –la muerte– es el principio y plenitud; gloria deseada porque a través de ella logrará la fusión con la tierra y la posesión de lo absoluto. Entonces la sed de eternidad, que hace al poeta, se habrá saciado (Couso Cadahya 1976: 23).

Y precisamente la imposibilidad material de ver satisfecha su sed de eternidad, así como acabar con sus carencias afectivas –en parte debido a su condición de homosexual, tan vituperada y perseguida en la España del momento y en parte a causa de su gran timidez– es lo que impulsa a Cernuda a buscar en la poesía el modo de acortar la distancia entre lo que él desea y lo que la vida le da. Esta distancia entre lo deseado y lo que falta por alcanzarlo se acorta, al menos anímicamente, mediante el cultivo de la poesía. Esa misma brecha es la que agudiza su sensibilidad, espolea su sutileza y acrisola sus dotes poéticas. El sufrimiento, la soledad y el distanciamiento de la gente conforman su experiencia vital y contribuyen a depurar su inspiración poética. Sus versos constituyen un canto cuasi espiritual en pro de los valores absolutos que forman la esencia de su filosofía poética. Valores que pretende inmortalizar en sus versos como símbolos del poder del poeta sobre la capacidad destructora del paso del tiempo.

El primero de estos valores y el más reiterado en sus versos es el amor, entendido por Cernuda como «la única luz del mundo capaz de acallar el miedo ante las sombras» (Cernuda 1964: 125). Nos referimos a la plenitud de las relaciones amorosas como uno de los deseos más insatisfechos en su vida; el cual, por el contrario, perfila con más nitidez, con más lujo de detalles y con más tino en sus poemas. De tal modo que toda su poesía está inspirada en el amor, pues para él este es el impulso irracional que a todos nos debe mover, pues «si en la vida no hiciéramos más que cosas razonables, mal andaríamos. La capacidad de afecto que en nosotros existe debe gastarse, sin indagar antes si estaría o no bien empleada» (Cernuda 1952: 79).

Tan intensa y persistente es la necesidad de sentir afecto y de experimentar el gozo del amor carnal que en Cernuda «el placer ocupará siempre un lugar central en sus obras, al lado de lo contrario y complementario, la soledad», tal como sostiene Octavio Paz (1964: 65). Un ansia de placer y un deseo de contacto sexual tan vehementes que nada ni nadie puede interponerse entre el amante y el amado; pues, mientras del amado emana la fuerza seductora que excita el deseo del amante, este, cegado por el poder divinizador de tal deseo, transforma a aquel en un héroe, en un ser ideal, pues:



... cuando uno despierta en otro la llama amorosa, no se le ve tal como es, sino levantado en la luz, bajo especie de eternidad, no como criatura efímera; convirtiéndose así, sólo para quien lo ama, en héroe, rodeado de ese halo luminoso de interés incomparable que sólo ven los ojos enamorados, porque ellos necesitan, como las criaturas vivas, atravesar una dura superficie de indiferencia y soledad para herirnos en lo más hondo de nuestro ser, prendiendo allí la chispa divina del amor que nos une al fin con las criaturas, y a través de ellos con la creación todo (Cernuda 1943: 183).

Sin embargo, esta «chispa divina del amor» es efímera, de ahí la pretensión de Cernuda de eternizar el momento de plenitud amorosa, un empeño que resulta imposible toda vez que la consumación del amor se sustancia en un acto momentáneo, tras el cual queda de nuevo el ser humano sumido en la más completa soledad porque «el cuerpo frente al espíritu, solo puede poseer las cosas, y eso solo un momento» (Cernuda 1952: 66) y ello pese a que el amor:

... no quiere deshacerse sin antes haberse consumado [...]. El cuerpo no sabe sino que está aislado, terriblemente aislado, mientras que frente a él, unida, entera, la creación está llamándole [...]. Para fundirse con el mundo no tiene el cuerpo los medios del espíritu, que puede poseerlo todo sin poseerlo o como si no lo poseyera. El cuerpo únicamente puede poseer las cosas, y eso sólo un momento, por el contacto de ellas. Así, al dejar éstas sus huellas sobre él, conoce el cuerpo las cosas (Cernuda 1965: 144).

Pero por más fugaz que resulte el acto sexual, el cuerpo humano tiene sus motivos para buscar la satisfacción de las exigencias de su naturaleza y responder a la voz de sus impulsos. En otras palabras, para Cernuda las relaciones sexuales forman parte de la naturaleza del ser humano, porque lo que este haga como ser vivo «por el hecho de vivir, está dentro de lo natural, y en cuanto natural, es normal» (Cernuda 1965: 144). Unas relaciones que no dependen de la identidad sexual de quienes las practican, pues el acto amoroso no se dignifica o envilece en función de aquella, sino que se someten al impulso que las genera. Defiende, por tanto, Cernuda el predominio del placer erótico sobre cualquier otra concepción del amor, pues este placer es una realidad imperiosa en todo ser humano y una muestra evidente de que dicho ser está muy vivo, pues según el poeta:

Nada puedes percibir, querer, ni entender si no entra primero por el sexo, de ahí al corazón y luego a la mente. Por eso tu experiencia, tu acorde místico, comienza como una prefiguración sexual. Pero no es posible buscarlo ni provocarlo; se da cuando y como quiere. Borrando lo que llaman otredad, eres, gracias a él, uno con el mundo, eres el mundo (Cernuda 1942: 193).

Apuesta Cernuda por el valor y la importancia del amor como la razón de su propia existencia, pues para él el amor «era la vida misma, lo que quería apresar entre mi pecho; la ambición, los sueños, el amor de mi juventud» (Cernuda 1942: 89). Es tan fuerte el deseo de Cernuda por poseer y absorber al ser amado que no se percató de que la posesión total del otro es imposible, pues amante y amado no



pueden dejar de pertenecerse cada cual a sí mismo, por más que ambos busquen la posesión absoluta del otro. El propio acto sexual, por lo tanto, no consiste en la plena fusión de dos seres que se desean, sino que cada uno de ellos trata de encontrar en el otro lo que a él le falta. En consecuencia, el amor no pone fin a la soledad que padece el poeta, al contrario, la acentúa. Tan intenso es el dolor de Cernuda al ver insatisfecha su pasión amorosa que busca en el amor divino, a través de la sublimación de aquella, lo que no encuentra en el amor humano. Esta transformación de los impulsos carnales en anhelo de encuentro con el divino creador acerca a Cernuda a la poética de lo espiritual, pues solo participando de amor divino su ímpetu amoroso se verá colmado:

No destruyas mi alma, oh Dios,  
Si es obra de tus manos;  
Sálvala con tu amor, donde no prevalezcan  
En ella las tinieblas con su astucia profunda,  
Y téplala con tu fuego hasta que pueda un día  
Embeberse en la luz por ti creada.  
(Cernuda 1964: 207)

Otro de los valores absolutos presentes en la poesía de Cernuda es su culto a la hermosura. Tal veneración hacia la hermosura y la belleza responde a su pretensión de alcanzar el amor eterno y la belleza absoluta y por medio de ellos acceder a la verdad; es decir, lograr el encuentro con Dios, pues tal como él mismo precisa en el comentario a la vida y la obra de André Gide: «Lo divino se halla tras la plena y gozosa posesión sensual, y al dar un paso hacia ellas al mismo tiempo se encamina hacia Dios» (Cernuda 1965: 140). Tras su primer contacto con la mitología griega en la edad infantil se suscitó en él un gran interés por la hermosura y la belleza como elementos que conforman la alegría cósmica que surge de la armonía de todo lo creado. Este interés de Cernuda por valores propios del mundo clásico es tan manifiesto que, tal como señala J. Bermúdez Ramiro (2009: 26):

La poesía de Cernuda bebe en la fuente de la antigüedad clásica, especialmente de la tradición griega. Cernuda consideraba Grecia como una tierra mítica, donde el aprecio y la valoración de la belleza, los dioses, los héroes y los personajes mitológicos le sirvieron en más de una ocasión como referentes vitales, que se hacen patentes en algunos momentos de su poesía.

Tanto interés por la mitología clásica griega se debe, en palabra de Cernuda, a que los mitos paganos abrieron su alma al poder fascinante de la poesía:

... y a un mundo donde la poesía, vivificándolo como la llama al leño, transmutaba lo real. Qué triste te apareció entonces tu propia religión [...] ¿Por qué se te enseñaba a doblegar la cabeza ante el sufrimiento divinizado, cuando en otro tiempo los hombres fueron tan felices como para adorar, en su plenitud trágica, la hermosura? (Cernuda 1942: 35).



Si los hombres de la Antigüedad clásica griega fueron felices buscando y admirando la hermosura, hasta el extremo de adorarla en la personificación de sus dioses, ¿por qué no vamos a ser igual de felices nosotros?, se pregunta el poeta. Y la respuesta a esta cuestión es clara: el mundo clásico griego no había logrado entusiasmar a los españoles:

No puedo menos de deplorar que Grecia nunca tocara el corazón ni la mente de los españoles, los más remotos ignorantes en Europa, de la gloria que fue Grecia. Bien se echa de ver en nuestra vida, nuestra historia y nuestra literatura (Cernuda 1993: 608-609).

Tal falta de entusiasmo explica que los demás no sientan el mismo ímpetu que el poeta por encontrar otro tipo de hermosura, aquella que es interior y perfecta porque roza con lo divino: «¿Es la hermosura/ forma carnal de una celeste idea?» (Cernuda 1964: 186). Ello explica que la belleza fuese el valor absoluto más buscado por el poeta, pues ella fue la que despertó su vena poética y por ello «la quiso inmortalizar en sus versos por ser ella un trasunto de la eternidad» (Couso Cadahya 1976: 35). El hecho de contemplar en la hermosura un reflejo de la divinidad es lo que cautiva al poeta, pues «la hermosura juvenil ha sido siempre para mí cualidad decisiva, capital en mi estimación como resorte primero del mundo, cuyo poder y encanto a todo lo antepongo» (Cernuda 1965: 242).

Tanta admiración por la hermosura lleva a Cernuda a remontarse al hombre del Renacimiento, pues este, al igual que el griego, aprecia y venera como deidad única a aquella. Por eso nuestro poeta aprecia a Garcilaso de la Vega, al ser este un ejemplo a seguir en el tratamiento poético de la belleza, sintiéndose él libre de compromisos mundanos. Una búsqueda, que en el caso de Cernuda, conlleva una concepción platónica de la misma, entendida como espejo divino. Un modo de concebir la hermosura que, al igual que en los mitos griegos del amor, transforma al poeta en un ser semidivino:

La poesía fija la belleza efímera. Gracias a ella lo sobrenatural y lo humano se unen en bodas espirituales, engendrando celestes criaturas, como en los mitos griegos del amor de un dios hacia un mortal nacieron seres semidivinos. El poeta, pues, intenta fijar la belleza transitoria del mundo que percibe, refiriéndola al mundo invisible que presiente, y al desfallecer en esa lucha desigual, su voz [...] llora enamorada la pérdida de lo que ama (Cernuda 1965 199-200).

Este acercamiento del poeta a los poderes de la divinidad a través del culto a la belleza hace de esta un tema central en sus poemas. Tal culto a la belleza se manifiesta de forma plena en la contemplación del cuerpo humano joven, siempre de hombres, obviamente. En ellos encarna su ideal de la belleza masculina, al igual que esta fue inmortalizada en las esculturas de la Antigüedad clásica griega. Este es el canon de la hermosura que Cernuda hace suyo, al ser el que más le aproxima a los poderes divinos. En este sentido, el efecto que la belleza masculina produce en su alma es de la misma naturaleza que la atracción que experimenta por el amor carnal, se trata de «un ansia de posesión, una exigencia, dolorosa a fuerza de inten-



sidad, de salir de mí mismo, anegándome en aquel vasto cuerpo de la creación. Y lo que hacía más agónico aquel deseo era el reconocimiento tácito de su imposible satisfacción» (Cernuda 1965: 242).

Esta ansia de posesión de la belleza y la hermosura, como valores absolutos que la aproximen a la divinidad, provoca en Cernuda una tensión espiritual procedente de la lucha sobrehumana que mantiene por trascender la realidad material y fundirse con lo divino. El poeta intuye la existencia de una hermosura oculta, eterna y absoluta que contiene «la imagen misteriosa y divina de las cosas» (Cernuda 1964: 252), y en esta búsqueda se afana, tal como lo demuestra en estos versos de su *Oda*:

... El hombre que ninguna nube cela.  
La hermosura diáfana no vela  
Ya la atracción humana ante el sentido:  
Y su forma revela  
Un mundo eternamente presentido.

Qué vigorosa forma palpitante,  
Cuerpo perfecto en el vigor primero,  
En su plena belleza tan humano.  
Alzando su contorno triunfante,  
Sólido, sí, mas ágil y ligero,  
Abre la vida inmensa ante su mano.  
(Cernuda 2007: 76)

## DE LA PROXIMIDAD A LO DIVINO A LA POÉTICA DE LO ESPIRITUAL

El propósito de Cernuda es convertir su poesía en una revelación de la angustia humana y en una expresión de su obsesión por asirse a lo eterno y absoluto. Para cumplir su objetivo el poeta se somete a un constante ejercicio de meditación que transforma sus versos en una autobiografía espiritual. Nos situamos en su etapa de madurez como poeta, momento en que publica *Invocaciones* (1934-1935), continúa con *Las nubes* (1937-1940) y logra su plenitud con *Como quien espera el alba* (1941-1944). Hablamos de la incorporación de Cernuda a la poética de lo espiritual, en la que tiene mucho que ver su contacto con la tradición poética inglesa, de la que nos dice:

Aprendí mucho de la poesía inglesa, sin cuya lectura y estudio mis versos serían hoy otra cosa, no sé si mejor o peor, pero sin duda otra cosa. Creo que fue Pascal quien escribió «no me buscarías si no me hubieras encontrado» y si yo busqué aquella enseñanza y experiencia de la poesía inglesa fue porque ya la había encontrado, porque para ella estaba predispuesto (Cernuda 1960: 259-260).

Una presuposición que refleja cómo tanto el pensamiento poético de Cernuda como el grado de autoanálisis de su mente habían alcanzado tal nivel de reflexión,



introspección y depuración que la lectura y estudio de la poesía de Wordsworth, Coleridge, Browning y Leopardi no hace sino aquilatar dicha depuración.

Al igual que le sucediera a Unamuno, quien «buscó en la línea de la poesía meditativa una salida o expansión de la estrechez retórica del verso nativo, a fin de dar realidad a un credo poético explícitamente encaminado a pensar el sentimiento y sentir el pensamiento» (Valente 2002: 12), Cernuda rechaza la redundancia, el énfasis y excesivo retoricismo del verso tradicional español. Una posición que queda muy clara en el siguiente juicio cernudiano sobre Jorge Manrique: «Su austeridad y su reticencia han hallado pocos adeptos en nuestro lirismo subsiguiente, y no es de extrañar, dada la afición vernácula a la abundancia y al énfasis» (Cernuda 1965: 60) y siente en la llamada poesía de la meditación la necesidad imperiosa de primar en sus versos el ritmo interior de su pensamiento poético sobre el brillo de la genialidad verbal. Es decir, la palabra al servicio de la imagen poética, la forma sometida al fondo, de tal modo que siempre la palabra poética acuñase la esencia de pensamiento poético, nada más.

En esta empresa por trasladar a sus versos la esencia de sus pensamientos y sentimientos y sus experiencias vitales encuentra Cernuda en los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII un apoyo inestimable. Y es así porque la poética metafísica practicada por estos autores se sustenta en una adecuada combinación del análisis mental con la volición afectiva, todo ello por medio de la práctica de la meditación. Esto es justo lo que nuestro poeta pretende plasmar en sus poemas: el resultado del profundo análisis mental de su mundo interior; o lo que es lo mismo, lograr «una aprehensión sensorial directa del pensamiento o una recreación del pensamiento en sentimiento» (Eliot, 1917: 245). Esta transformación del pensamiento en sentimiento se produce gracias al ejercicio de la meditación, el cual desarrolla en el poeta un estado espiritual propicio para poner en marcha el mecanismo creador de su imaginación. Un proceso que ha sido descrito por Coleridge, tal como este poeta nos hace ver en el siguiente comentario, traducido por el propio Cernuda:

El poeta, a su vez en perfección ideal pone en actividad el alma entera del hombre, así como sus facultades (subordinadas unas a otras según su relativo valor y dignidad) y difunde un tono y espíritu unificador, fundiendo por así decirlo unas facultades con otras. Operación que se efectúa, precisamente, gracias a aquel poder mágico de síntesis, al cual Coleridge atribuye de modo exclusivo en nombre de la imaginación. El poder de la imaginación, movido por la voluntad y el entendimiento, y bajo el control de ambos se revela en cierto equilibrio o reconciliación de cualidades contrarias: lo idéntico con lo diferente, la idea con la imagen, lo individual con lo representativo, lo nuevo con lo familiar, un estado emotivo usual con otro desusado, el juicio firme con el entusiasmo profundo (Coleridge 1949: 12).

Y este poder de la imaginación para sintetizar y unificar los sentidos, el cual es impulsado por la voluntad y el entendimiento del poeta, es el que ayuda a culminar con éxito el proceso poético recorrido por Cernuda. Un proceso que alcanza su culmen en sus composiciones posteriores a 1937 y en especial en sus poemas meditativos, en los que el impulso afectivo adquiere forma en sus versos a través del análisis mental propio de la meditación. Este interés de Cernuda por encontrar por



medio de la meditación una realidad superior con la que fundir su yo personal obedece, en opinión de D. Harris, a que

Cernuda necesitaba sobre todo establecer las creencias que podían dar cohesión y significado a la vida destruida: la posibilidad de comunión con la realidad trascendental le ofrece un soporte externo para esta tarea. La postulación de la existencia de un mundo superior al cotidiano toma diversas formas: la creencia en los dioses antiguos, el deseo de la muerte, una fe religiosa más ortodoxa, y una idealización de España que se transforma luego en una idealización de México. Cada una de estas tentativas de comprobar la existencia de una realidad superior es un indicio más en la vertiente evasiva del carácter del poeta, pero son también sintomáticas del compromiso con sus propios valores, consigo mismo, y se revelan así como demostraciones negativas de la integridad personal, que es el eje de desarrollo de toda la poesía madura (Harris 1992: 101).

Un claro ejemplo de lo expuesto por Harris lo encontramos en el poema *La visita de Dios*, perteneciente a *Las nubes* (1943), en el que Cernuda manifiesta un claro interés metafísico por la vida y su dirección, sea cual sea esta:

Pero a ti Dios, ¿con qué te complaceremos?  
Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido,  
mi casa rota, mi vida trabajada, y la casa y la vida  
de tantos hombres como yo a la deriva  
en el naufragio de un país. Levantados los naipes,  
uno tras otros iban cayendo mis pobres paraísos.  
¿Movi6 tu mano el aire que fuera derrib6ndolos  
y tras ellos en el profundo abatimiento, en el hondo vac6o,  
se alza al fin ante m6 la nube que oculta tu presencia?

No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;  
si el amor no eres t6, ¿qu6n lo ser6 en tu mundo?  
Compad6cete al fin, escucha este murmullo  
que ascendiendo llega como una ola  
al pie de tu divina indiferencia.  
Ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:  
La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo af6n imposible,  
t6 solo eres capaz de infundir en nosotros.  
Si ellas murieran hoy, de la memoria t6 las borrar6as  
como un sue6o remoto de los hombres que fueron.  
(Cernuda 1980: 154).

Un inter6s por lo metaf6sico que es «la b6squeda de la inmortalidad como anhelo de que se le otorgue el don de captar el mundo de los fen6menos como eterno y morar en el seno del instante que pasa sin conciencia de pasar» (Silver 1972: 57).



## CONCLUSIÓN

Nos propusimos como objetivo en el presente trabajo demostrar que la poesía de Luis Cernuda es algo más de lo «sobradamente señalado por la crítica que ha trazado como uno de los ejes explicativos de su poesía el conflicto entre la realidad y el deseo, entre lo que el poeta anhela e imagina y lo que el mundo real le ofrece. Sin embargo hemos evidenciado que la riqueza polifónica de Cernuda va más allá de esta simple constatación» (De la Fuente 2005: 244) y evidencia la capacidad del poeta para transformar sus deseos insatisfechos y sus experiencias vitales en caudal lírico, por medio de la sublimación de aquellos. Esto es justo lo que hemos pretendido demostrar en nuestra exposición; a saber, que la poesía de Cernuda surge de la necesidad insaciable del poeta por hacer de su obra una biografía espiritual en busca de aquellos valores que saciasen su sed de eternidad.

Esta ansia por lograr la comunión de su yo con la divinidad encuentra en su culto al amor, la hermosura y la belleza una primera aproximación a los dones divinos. Pero será en la poética de la meditación donde Cernuda logrará la depuración de su expresión lírica al hacer de la palabra un eco nítido de su pensamiento y una expresión vital y desagarrada de sus sentimientos. El poder de su imaginación pone al servicio de su estro poético todas sus facultades, logrando que su voluntad y su entendimiento plasmen en sus versos sus sentimientos más íntimos y acrisolados. De este modo podemos sostener que la poesía de Cernuda es el relato de su propio viaje personal, de su evolución emocional y espiritual desde la adolescencia a la madurez. Una experiencia vital sometida a un análisis riguroso, al objeto de dar coherencia y sentido a dicho viaje.

RECIBIDO: noviembre de 2018; ACEPTADO: marzo de 2019.





## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Dámaso (1948): «Una generación poética (1920-1926)», *Finisterre* 1: 193-200.
- BERMÚDEZ RAMIRO, Jesús (2009): «El mundo clásico en la poesía de Luis Cernuda», *Cultura, Lengua y Representación* 7: 20-37.
- CERNUDA, Luis (1942): *Ocnos*, London: The Delphin Press.
- CERNUDA, Luis (1943): «Cervantes», *Bulletin of Spanish Studies* xx, (80): 175-185.
- CERNUDA, Luis (1952): *Variaciones sobre un tema mexicano*, México: Porrúa y Obregón.
- CERNUDA, Luis (1956): *Pensamiento poético en la lírica inglesa*, México: Imprenta Universitaria: 74-75.
- CERNUDA, Luis (1961): «Malentendu», *Desolación de la Quimera*: Biblioteca Virtual Omegalfa. Colección Antología de Poesía Social, vol. 42.
- CERNUDA, Luis (1964): *La realidad y el deseo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- CERNUDA, Luis (1965): *Poesía y Literatura*, Barcelona: Seix Barral.
- CERNUDA, Luis (1975): *Prosa completa*, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Barcelona: Barral Editor.
- CERNUDA, Luis (1980a): «La visita de Dios», *Las nubes*, México: Fondo de Cultura Económica.
- CERNUDA, Luis (1980b): «Helena», en Derek HARRIS y Luis MARISTANY (eds.), *L. Cernuda. Poesía Completa*, vol. I, Barcelona: Barral Editor.
- CERNUDA, Luis (2007): *Luis Cernuda. Antología*, edición de José María Capote Benot, Madrid: Cátedra
- COLERIDGE, Samuel Taylor (1949): *Biographia literaria*, vol. II, Oxford.
- COUSO CADAHYA, José Luis (1976): «La búsqueda de lo absoluto en la poesía de Luis Cernuda», *Cuadernos Hispanoamericanos* 316: 21-43.
- DEL GESSO CABRERA, Ana María (2004): «"Donde habite el olvido". Poesía de Luis Cernuda», *Griffyia* 3: 88-91.
- DE LA FUENTE GARCÍA, Mario (2005): «Polifonía e ideología: diferentes voces en la poesía de Luis Cernuda», en J. MATAS, J.E. MARTÍNEZ y J.M. TRABADO CABADO (eds.), *Nostalgia de una poesía imposible, Estudios sobre la obra de Luis Cernuda*, Madrid: Akal, 241-252.
- ELIOT, Thomas Stearns (1932): «The Metaphysical Poets», *Selected Essays (1917-1932)*, London: Faber and Faber, 245-258.
- GARCÍA MONTERO, Luis (2002): «Los rencores de Luis Cernuda», *Revista de Occidente* 254-255: 19-38.
- HARRIS, Derek (1992): *La poesía de Luis Cernuda*. Granada: Universidad de Granada.
- PAZ, Octavio ([1964] 1977): «La palabra edificante», en Derek R. HARRIS (coord.), *Luis Cernuda*, Madrid: Taurus, 138-160.
- ROMERO MURUBE, Joaquín (1977): «Responso difícil por un poeta sevillano», en Derek R. HARRIS (coord.), *Luis Cernuda*, Madrid: Taurus.
- SALINAS, Pedro (1983): «Nueve o diez poetas», en *Ensayos completos*, vol. 3, Madrid: Taurus.
- SILVER, Philip (1972): *Luis Cernuda. El poeta en su leyenda*, Barcelona: Alfaguara.
- TALENS, Jenaro (1975): *El espacio y las máscaras. Introducción a la poesía de Luis Cernuda*, Barcelona: Alfaguara.



ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma (2018): *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid: Renacimiento.

VALENTE, José Ángel (2002): «Luis Cernuda y la poesía de la meditación», *La Colmena* 35-36: 8-17.

